

la esclavitud. Job encargaba á su padre que no saliera á su encuentro, puesto que, decia, segun el órden de la naturaleza, los jóvenes deben ir en busca de los ancianos; tambien encargó al fuli que trajera consigo á su regreso el mas pequeño de sus hijos, hácia el cual tenia una afición particularísima.

Cinco meses tardó en volver el mensajero, y esto para traer malas nuevas. El padre de Job habia muerto, aunque con el consuelo de saber antes de espirar el pronto regreso de su hijo y la excelente acogida que habia tenido en Inglaterra. Una de sus mugeres se habia casado durante la ausencia de Job, y su nuevo marido se habia fugado al saber el regreso del primero. Las guerras hacia tres ó cuatro años que desolaban su pais.

Acompañado del mensajero llegó uno de los antiguos amigos de Job, con el cual pasó hablando tres ó cuatro dias sin otro intervalo que el necesario para comer y entregarse al descanso, Job se puso en camino con el gobernador inglés Hull, destinado á un establecimiento mas próximo á Bunda. Job, antes de separarse de los europeos, escribió muchas cartas á sus bienhechores de Lóndres. Por último, partió definitivamente, sin que despues se haya vuelto á saber nada de él, ó á lo menos, sin haber tenido el público noticia suya.

VIII.

CAMINO DE KABRA A TEMBUCTU. DESCRIPCION DE ESTA CIUDAD.

El 10 de Abril de 1820 me puse en camino para Tembuctu con los criados de Sidi-Abdallahi-Chebir y sus esclavos (1). Durante el tránsito, siguiónos un tuarick (2) montado en un soberbio caballo, el cual trató de apoderarse de un esclavo negro; los criados de Sidi-Abdallahi le hicieron cesar de sus importunidades, asegurándole que si al llegar á la ciudad iba á ver á su amo, le regalaría alguna cosa. Esta esperanza le tranquilizó algun tanto; pero su atencion se fijó en mí, preguntando muchas veces á los criados que me acompañaban, quién era, y á dónde iba, y de dónde venia. Cuando le hubieron asegurado que no era rico, renunció á la esperanza de sacar partido de mí.

Por fin llegamos á Tembuctu en el momento en que se ocultaba el sol. Estaba, pues, á la vista de la capital de Sudan, que hacia tanto tiempo era objeto de mis deseos. Sentia una alegría extraordinaria, pero recobrado de mi entusiasmo, hallé que el espectáculo que tenia ante mis ojos no correspondia á lo que me habia prometido: la ciudad al primer golpe de vista no ofrecia sino un entazamiento de casas de tierra mal construidas. Los alrededores son áridos, el terreno arenisco é ingrato; el cielo que limita el horizonte se ofrece de un color

(1) Hombron; extractado del *Viaje á Tembuctu*, por Caillé, tomo II.

(2) Merodeador.

rojizo pálido; todo anuncia tristeza; no se oye el canto de ningún pájaro; pero sin embargo, esta ciudad de negros, su movimiento en medio del desierto ofrece algo de imponente.

Fuí á alojarme en casa de Sidi-Abdallahi, el cual me recibió de un modo paternal, porque estaba prevenido indirectamente de los supuestos motivos de mi viaje; me llamó para comer con él, pero no me hizo ninguna pregunta segun las malas costumbres de sus compatriotas; me pareció de un carácter dulce y reservado, como de cuarenta á cincuenta años de edad, de regular estatura, grueso y hoyoso de viruelas; hablaba poco y con calma, y de nada mas se le podia reconvenir que de su fanatismo religioso.

Despedíme de Sidi-Abdallahi para retirarme á descansar sobre una esterilla que se habia dispuesto con esta intencion; pero como en Tembuctu las noches son tan cálidas como los dias, no pude permanecer en el cuarto que se me habia preparado, y me instalé en el patio, donde tambien me fué imposible reposar.

Al dia siguiente me dirigí á saludar á Sidi-Abdallahi, y despues á recorrer la ciudad, la cual no encontré tan grande ni tan poblada como habia creído: el comercio no corresponde á su pública nominación; no habia como en Jené la gran concurrencia de extranjeros procedentes de todas partes del Sudan; admirábame la poca actividad que reinaba; sus calles ofrecian poco movimiento; algunos de sus vecinos sentados en el suelo sobre esterillas hablaban á la puerta de sus casas; en fin, todo inspiraba la mas profunda tristeza.

Hácia las cuatro de la tarde, cuando declinaba el calor, ví dirigirse al paseo muchos negociantes negros, bien vestidos y montados en magníficos caballos ricamente enjaezados; pero observé que se apartaban poco de la ciudad por temor de tropezar con los tuaricks.

El calor era escesivo; el mercado, al cual acuden los moros de la tribu de Jauat, próxima á Tembuctu, parece casi desierto comparado con el de Jené.

En Tembuctu no se hallan otras mercancías que las que vienen por mar; entre ellas, procedentes de Europa algunas, tales como bujerías de vidrio, ámbar, coral, saúfre, papel, &c. Mi hospitalario amigo, tuvo la complacencia de mostrarme uno de los almacenes en que guardaban las mercancías europeas; en él habia muchos fusiles franceses, armas que tienen en mucha estima, y magníficos colmillos de elefante.

Tres dias despues de mi llegada á Tembuctu, Sidi-Moark, al cual habia hecho un regalo para tenerle propicio, me dijo que era menester estar pronto para seguir una caravana que partiría para Tafilet de allí á dos dias. Por la noche referí este ofrecimiento á mi huésped, añadiendo que estaba muy fatigado del camino que habia hecho á través del Sudan, y que deseaba descansar quince dias en Tembuctu. "Puedes permanecer aquí, me dijo, tanto tiempo como desees; en ello tendré gusto y nada te faltará."

En aquellos dias pasé ratos sentado á la puerta de su casa, en los cuales mi imaginacion me sugeria reflexiones muy tristes acerca de los peligros á que se espone el viajero en aquellas regiones; en estos momentos no me hallaba escento de temor pensando en que podrian descubrirme y sufrir la dura ley de la esclavitud.

La ciudad de Tembuctu está habitada por negros de la nacion Kissans; algunos moros hay establecidos en ella, á los cuales comparaba yo con los europeos que van á colonizar en busca de fortuna, y tienen mucha influencia sobre los indígenas; sin embargo, el rey ó gobernador es negro.

Este príncipe se llamaba Osman; es muy respetado de sus súbditos y muy sencillo en sus costumbres; su traje es semejante al de los moros de Marruecos; es comerciante, y sus hijos hacen el comercio de Jené; es muy rico, tiene una infinidad de esclavos, y es mahometano muy celoso. Su dignidad es hereditaria; no percibe ningún tributo del pueblo, ni de los mercaderes extranjeros; sin embargo, recibe muchos regalos. Es justo y bueno, y guarda las costumbres apacibles y sencillas de los antiguos patriarcas.

Los moros reconocian entre ellos un superior, pero no son justiciables sino por las autoridades del pais.

A petición mia me presentó Sidi al rey, que estaba sentado sobre una rica esterilla y reclinado en un rico almohadon. Sidi le anunció que venia á ofrecerle mis homenajes y le refirió mis aventuras; el rey me dirigíó la palabra en árabe haciéndome algunas preguntas acerca de los cristianos; me pareció afable de carácter y como de cincuenta y cinco años de edad; vestia como los moros y llevaba en la cabeza un gorro encarnado rodeado de muselina, en forma de turbante.

Hay establecidos en Tembuctu muchos moros que poseen muy bellas casas, á quien el comercio enriquece rápidamente. Tembuctu es el depósito de toda la sal procedente de las minas de Tendejni, sal que trasladan en camellos y en grandes carabanas.

Los esclavos en general son menos desgraciados en Tembuctu que en otras comarcas; los tratan con dulzura; pero no por eso dejan de estar considerados como mercancía.

Estando en la mezquita, se aprocsimó á mí gravemente un moro, y sin hablarme me puso en el bolsillo un puñado de coris, moneda del pais. Tan rápidamente se alejó, que no tuve tiempo de darle gracias; sin embargo, me sorprendió el modo delicado de dar limosna.

La ciudad de Tembuctu tiene como tres millas de circunferencia, y forma una especie de triángulo. Las casas son grandes, pero de poca elevacion, y en general están construidas de adobes de forma circular, desecados al sol.

Tembuctu contiene siete mezquitas; dos de ellas con su correspondiente torre de ladrillos, á las que se sube por una escalera interior.

Esta ciudad misteriosa, acerca de cuya poblacion como de su civilizacion y comercio, se tienen ideas

tan cesageradas, contendrá unos diez ó doce mil habitantes incluso los moros establecidos, y todos dedicados al comercio.

Aunque una de las capitales mas considerables de Africa no tiene otro recurso propio que su comercio de sal, de Jené estrae cuanto necesita para su consumo; el carbon es artículo muy escaso en las cercanías; tienen que traerlo de muy lejos, lo que hace que solo puedan emplearlo los que cuentan con una fortuna regular.

En un extremo de la ciudad tienen practicadas anchas escavaciones de treinta y cinco á cuarenta piés de profundidad, que contienen gran cantidad de agua procedente de las llovedizas; es bastante clara, pero tiene gusto desagradable y una temperatura elevada. Al rededor de estas albercas hay algunas pequeñas plantaciones de tabaco que por cierto no le producen del mejor. Las personas ricas no compran sino tabaco de Marruecos. Los habitantes de Tembuctu no fuman, pero los moros nómadas que habitan las cercanías usan pipa.

Los comerciantes de Tembuctu compran á los habitantes de Busbechey, poblacion pequeña, á dos jornadas de Tembuctu, los ganados, dando en cambio mijo y arroz.

Los negros y los moros no se ocupan mas que del comercio, y tienen muy escasos conocimientos en geografía. A todos los que he pedido informes acerca del curso del rio, me han contestado que pasa por Haouss, y va á perderse en el Nilo; pero no he podido inquirir datos mas exactos acerca del gran problema de la desembocadura del Dhioliba, el cual resolverá algun viajero mas dichoso.

Los naturales de Tembuctu poseen cuatro mugeres, como los árabes, pero no tienen como los mandingas la crueldad de castigarlas, lo que debe atribuirse á sus relaciones con los pueblos del Mediterráneo, las cuales les han hecho adquirir algunas ideas acerca de la dignidad del hombre.

En Tembuctu no tienen encerradas á las mugeres como en el imperio de Marruecos; salen cuando quieren y son libres de ver á todo el mundo. Los habitantes son afables con los extranjeros, industriosos é inteligentes en el comercio, y guardan en su persona y habitaciones un aseo escesivo. Sus utensilios de cocina consisten en algunas calabazas y platos de madera; no conocen el uso de la cuchara y el tenedor; no tienen mas mueblage que algunas esterillas para sentarse, y forman su cama con cuatro piquetes clavados en el suelo, á los que enlazan una esterilla ó piel de becerro. Los ricos tienen una manta de algodón y un cobertor fabricado por los moros de las cercanías, con pelo de camello y lana de sus corderos.

Los moros ocupan las mugeres en vender sus mercancías por las calles, y tambien las envian al mercado á establecer sus tenderetes. Estas mugeres visten con cierto arte y aseo; su traje principalmente consta de un sayo como el de los hombres, sin mas diferencia que carecer de mangas. Para las tocas adoptan modas diversas, pero generalmente se componen de un *fatara* de muselina ó de otra tela de algodón procedente de Europa. Aderezan con

mucha gracia sus cabellos; la trenza matriz, del grueso del pulgar, arranca de la parte posterior de la cabeza y la colocan inclinada hácia la frente, rematándola en una sortija de cornerina. Para sostener el pelo en esta posición, gastan almohadillas y además le prenden con cuentas de coral, de ámbar, &c. Se untan de grasa el cuerpo y la cabeza, y además se adornan con muchos collares y un anillo que les atraviesa la nariz.

Todos los negros de Tembuctu están en estado de leer el Alcoran y hasta le tienen imbuido en el corazón, pues lo aprenden desde la niñez.

Los víveres son muy caros en Tembuctu, y me encontrara en grande apuro, si como en Time hubiera estado en el caso de proveer á mi subsistencia. Al bueno y generoso Sidi-Abdallahi debo mi regreso por el gran desierto, pues no poseia mas que un valor en mercancías, de 25 piastras, que reservaba para comprarme un caballo, á fin de trasladarme hasta el mar, bien pasando por el desierto, ó volviendo hácia el Oeste. Confieso que la travesía del Sahara en una estación tan seca me asustaba mucho, pues temia no poder soportar con tan escasos recursos las privaciones y fatigas del viage, acrecidas por el viento abrasador que reina continuamente y que hace intolerable el calor. Sin embargo, despues de maduras reflexiones, me decidí definitivamente á sobrellevar los grandes peligros á que me esponia la gran sequía, aventurándome con una caravana en las movedizas arenas del desierto. Pensaba que si efectuaba mi regreso por Segó, Samandain y nuestros establecimientos de Galam, pondrian en duda mi llegada y mansion en Tembuctu los envidiosos del éxito de mi viage, en tanto que regresando por los estados berberiscos impondrian silencio el punto de mi llegada.

Sidi-Abdallahi me daba cada dia nuevas pruebas de su buen corazón, pues hasta me ofrecia, si me quedaba en Tembuctu, mercancías con que hacer el comercio de mi cuenta y poderme hacer con fondos para regresar á mi país sin auxilio de nadie. El temor de ser descubierto, junto al deseo de volver á mi patria, me obligaron á rehusar sus generosas proposiciones. Además, mi viage por el interior de Africa no era conocido auténticamente y se hubiera olvidado si perecia, perdiéndose así para mi país las observaciones que habia recogido. Estas consideraciones me empeñaron á efectuar mi regreso lo mas pronto que me fuera posible.

Me dirigí á visitar la gran mezquita de Oeste, mas estensa que la situada al Este, pero muy destruida: subí á la torre, cuya escalera situada interiormente, se halla casi demolida; á aquel sitio fuí muchas veces á escribir mis notas para no despertar la atención de los musulmanes. Durante mi viage siempre habia cuidado escribir mis observaciones al abrigo de los bosques ó de algun matorral.

Esta mezquita tiene cinco puertas al Este de diferente magnitud, tres al Sur y dos al Norte. Para sacar un bosquejo de ella me sentaba en la calle, con la capa plegada á las rodillas, y tenia una hoja de papel blanco, á la cual unia una página del Alcoran, y cuando se me acercaba alguno, ocultaba mi

dibujo y hacia como que leia las oraciones. De este modo los transeuntes pasaban sin reparar mas que en mi devocion.

Hablaba frecuentemente con moros que se interesaban en mi situación, y que me preguntaban acerca de las costumbres europeas y del tratamiento que habia tenido con los cristianos. En cambio procuraba á mi vez obtener de su parte pormenores de las poblaciones cercanas y de sus distancias á Tembuctu; pero siempre se hacian los desentendidos, á causa, sin duda, de que mi situación no era la mas á propósito para compensar aquel servicio. Los pocos informes que pude recoger de Tembuctu los debí á Sidi-Abdallahi-Chebir y á algunos negros hisurs, que tuvieron la complacencia de contestar á mis preguntas. No tienen nocion alguna acerca del curso del rio al Este de la ciudad: Sidi-Abdallahi me aseguró que pasa por Hausa y desemboca en el Nilo. Esta tambien es la opinion general de los árabes que habitan el país. A este rio le designan en Tembuctu con el nombre de Baharel-Nil.

La casa que me habian destinado para habitación no estaba aún acabada, y por lo tanto tuve ocasion de observar su modo de construcción. A algunos piés de profundidad del nivel del suelo, encuentran arena de color gris mezclada con arcilla, con la cual fabrican ladrillos de forma circular que desecan al sol. Algunos muchachos de la clase de esclavos los trasladan en la cabeza en malas calabazas, lo mismo que el mortero; compuesto del material que los ladrillos. Los albañiles son esclavos, y trabajan con tanta inteligencia como los de Jené, y hasta me parecia que establecian los muros mas en regla. La obra de madera, como puertas &c., es sólida y bien trabajada; en general, las cerraduras y la llave son de madera, y no cierran interiormente; para este fin se valen de una barra ó una cadena. La cubierta de las casas que ninguna tiene mas de un piso, se halla como la de la mezquita, sustentada sobre piés derechos. Su planta es cuadrada, y contiene dos patios interiores, á cuyo deredor se hallan distribuidas las habitaciones; estas afectan la forma de rectángulos prolongados, y les sirven al mismo tiempo de almacenes y de alcoba: estas habitaciones no reciben luz mas que por la puerta de entrada, y otra mas pequeña que dá al patio interior; no tienen ni ventanas ni chimeneas. Algunos construyen en el patio con esterillas una estancia en la cual pasan el dia y la noche durante la estación del calor.

Para defenderme del calor, me refugiaba en una mezquita, como sitio mas aéreo y mas fresco; los naturales permanecen en sus casas, las que abandonan tan solo por la mañana y la noche. Durante esta se siente una calma abrumadora, y si se levanta un poco de aire, es como un vapor abrasador que deseca los pulmones. Esto me hacia experimentar un malestar continuo.

La caravana destinada á Tafieta no debia partir hasta despues de algunos dias, y como no se dispusiera otra expedicion hasta pasados tres meses, decidí aprovechar la ocasion de la primera. Temia per-

manecer en Tembuctu, á pesar de las reiteradas instancias de Sidi-Abdallahi, para aguardar á emprender el camino de Trípoli y Ardamas antes que el de Marruecos, y aún me anunció que tenia el proyecto de hacer una colecta en mi favor; sin embargo á pesar de que me veia embarazado para escusarme de tanto favor, no cambié un punto de mi resolución, visto lo cual, todavía mi generoso amigo se ocupó en proporcionarme un guia de confianza para mi traslación de Tafieta.

Los moros con quienes iba á viajar, no eran tan agradables ni tan civilizados como los establecidos en la ciudad: pertenecian á una clase designada con el nombre de *zenagués* (tributarios), clase tan ignorante que apenas conocen los principales rezos del Alcoran. Por lo tanto, era para ellos muy poco recomendable mi posición escasa de recursos, y mi calidad de extranjero. Sidi-Abdallahi me proporcionó un camello, cuyo alquiler satisficé con el producto de la venta de algunas mercancías.

Empleé los últimos dias de mi estancia en Tembuctu en recoger noticias relativas al desgraciado suceso del mayor Laing. Supe que la caravana de que formaba parte, habia sido asaltada por algunas tribus nómadas, y que reconocido por cristiano, lo maltrataron hasta dejarlo por muerto á fuerza de palos. Otro cristiano, que sin duda debia ser su criado, habia sufrido igual suerte. Los moros de la caravana le recogieron, y á fuerza de cuidados volvió en su acuerdo; trasladado á Tembuctu, curó de sus heridas con un bálsamo que poseia; pero su convalescencia fué lenta; sin embargo, gracias á sus buenas recomendaciones, no esperiméntó vejación alguna de parte de los naturales. El mayor vivió próximo á mi casa, en la de un moro cuyo espíritu de caridad tuvo ocasion de considerar por sus obsequios de dátiles y el regalo que me hizo de un vestido para el viage. Laing no habia cambiado su traje á la europea, y hasta se titulaba enviado por el rey de Inglaterra, su amo, para visitar á Tembuctu y estudiar las maravillas que encierra. Este viajero trazó el plano sin reserva de ninguna especie, porque, segun el mismo moro me dijo con su lenguaje sencillo y expresivo, que habia escrito la ciudad con todo lo que contenia.

Otros moros á quienes interrogué acerca del mismo asunto, me informaron de que se le atormentaba para hacerle convenir en que no hay mas que un solo Dios, y que Mahoma es su profeta; pero que él se limitaba siempre á responder: "No hay mas que un solo Dios," sin añadir nada; sin embargo, aunque le trataban de infiel, no le mortificaron de ningún otro modo, dejándole pensar y rezar á su manera. En efecto, Sidi-Abdallahi, á quien pregunté muchas veces si habian insultado al cristiano durante su estancia en Tembuctu, contestó negativamente con la cabeza, dándome á entender que no hubiera sido justo ocasionarle la menor molestia.

Esta tolerancia se explica teniendo en cuenta, que los moros residentes en Tembuctu proceden de Trípoli, Argel y Marruecos, donde están acostumbrados á ver cristianos, y por lo tanto, son menos propensos á ensañarse con su culto y sus costumbres.

Así es como se comprende que el mayor pudiese recorrer la ciudad, y hasta visitar las mezquitas sin obstáculo.

Despues de adquirir un conocimiento exacto de la ciudad, trató de ver á Kabra y el Dhioliba; pero como al salir por el dia corrió grandes peligros por parte de los tuariks, decidió partir de noche, en lo cual obró cueradamente, pues si en la ciudad no le hacian daño alguno, tal vez encontrándole fuera no lo hubiera pasado bien.

En efecto, Laing, aprovechando una noche oscura, montó á caballo, y sin guia ninguno llegó sin obstáculo á Kabra, y dicen que hasta la orilla del Dhioliba. Despues era el deseo del mayor regresar á Europa por el desierto sin ganar los establecimientos franceses del Senegal por Jené y Segó, subiendo el Dhioliba, pero los fulans que pueblan las orillas del rio, declararon que no consentirian jamás pisara su territorio cristiano alguno.

Conociendo el mayor, que nada sacaria de aquellos fanáticos, escogió el camino de El-Aranan, donde esperaba reunirse con una caravana de moros traficantes de sal de Sansanding; pero desgraciadamente al cabo de cinco dias de camino con la caravana, encontraron una tribu errante, que bajo pretexto de que habia entrado en su territorio sin permiso, se apoderó del mayor y quiso hacerle reconocer su religion. Laing, demasiado confiado en las recomendaciones que traia de Trípoli para todos los cheiks del desierto, rehusó obedecer al cheik Hamet. Laing prefirió morir antes que someterse: su resolución le hizo mártir, y perder á la ciencia uno de sus mas hábiles viajeros.

Un moro de la comitiva del gefe de los zauats, á quien ordenó dar muerte al cristiano, se horrorizó rehusando ejecutar su orden: "¿Qué! dijo; ¿pretendes que asesine al primer cristiano que ha venido aquí, y que no nos ha hecho ningún mal? Encarga á otros su ejecución ó mátales tú mismo." Esta respuesta produjo momentánea suspensión de la sentencia fatal, y hasta se agitó con calor en su presencia la cuestion de su vida; pero por último encargaron á algunos esclavos negros la repugnante misión que tan dignamente rechazó el moro: uno de ellos rodeó á la garganta del desgraciado mayor, la banda de un turbante y le estrangulaban tirando por un extremo, mientras que su camarada tiraba del otro; sus restos quedaron en el desierto á merced de las aves de rapiña, y de las fieras que habitan aquellas regiones.

Reconocido el mayor por cristiano europeo tomó el partido que debia, pues cien veces era preferible la muerte á un cambio aparente de religion que debia hacerle renunciar para siempre á la esperanza de volver á Europa.

La suerte de Laing como musulman hubiera sido la mas triste que se pudiera imaginar; en su estrema resolución dió una prueba de intrepidez y prevision.

Al dirigirse á El-Aranan, llevaba consigo el mayor algunos instrumentos de astronomía y sus papeles; pero como casi todo se lo habian robado los tuariks, aprovechó bien poco su crimen al asesino

del viagero inglés, pues hasta de este poco tuvo que partir con los flecsibles cómplices. A un moro de Tafilet que iba en la carabana, le tocó un sesctante, que segun me dijeron no seria difícil dar con él; en cuanto á sus papeles y diarios se distribuyeron entre los pobladores del desierto: durante mi estancia en Gurland, pueblo del distrito de Tafilet, ví una brújula de bolsillo fabricada en Inglaterra, y aunque no me pudieron decir su procedencia supuse que perteneceria á Laing. Mis deseos hubieran sido poseerla; pero las precauciones que tenia que guardar en mi disfraz de árabe, me estorbaron manifestar que daba la mas pequeña importancia á un instrumento cuya aplicacion aparentaba ignorar.

Inmensos descubrimientos quedan por hacer, sobre todo en lo concerniente á geografía é historia natural; pero mis padecimientos no deben desanimar á otros exploradores. Sin duda que sus tentativas serán peligrosas; pero creo que conduciéndose con tacto y prudencia, se puede triunfar de los obstáculos. Sobre todo es menester viajar sobriamente, adoptar en la esterioridad el culto de Mahoma, y hacerse pasar por árabe, y aún mejor por cristiano convertido. El mejor medio á mi parecer, seria cruzar en calidad de árabe el gran desierto de Sahara; á fin de no infundir sospecha, establecerse como traficante en la ciudad que se escogiese como punto de partida, y despues internarse en el pais con este pretexto, cuidando no hacer mérito para nada de la ciudad de Tembuctu. Así debe irse ganando terreno hasta instalarse en esta ciudad con el mismo carácter de comerciante.

Despues de permanecer en esta ciudad un año ó año y medio y de hacerse con algunos esclavos mandingas ó bambaras que entiendan el kisuro y el tuarika, es preciso proveerse de una buena piragua de mediada magnitud, precaucion indispensable, tanto por la inseguridad de que la suministrasen los habitantes de la orilla del rio, cuanto para ponerse al abrigo de su enemistad. Luego ofreciendo á los esclavos su libertad, se les empeña fácilmente en hacer el viage, que debe emprenderse so pretexto de comprar goma, marfil, &c., en la comarca inferior del rio. Proponiéndose navegar por mas arriba de Kabra no es preciso tomar tantas precauciones; pero siempre es preciso dejar casa abierta en Tembuctu.

Una vez en el rio, es prudente navegar por la noche, con objeto de no hallarse con las tribus vagabundas de los tuariks y otras: de dia es fácil contenerlas con algunos regalos. Esta conducta seguida con prudencia y reflexion, es susceptible de mas completo écsito que una grande espedicion, que de seguro despertaria la codicia ó desconfianza de los indígenas.

En la piragua puede hacerse la travesía con mas seguridad y rapidez que en una embarcacion grande. Mi huésped me aseguró que Hausa no dista de Tembuctu, bajando por el rio, sino una veintena de dias, pero en una piragua de dimensiones reducidas puede hacerse esta travesía en doce. Despues puede llegarse con rapidez hasta la embocadura del rio, sobre todo si va á perderse en el Océano. En seguir este itinerario, hay, segun creo, menos peli-

gro que en partir del golfo de Benin, donde se tropieza con mas obstáculos para internarse en la parte alta del pais, por efecto del clima y del carácter de los naturales.

IX.

MISIONEROS DEL CONGO. (1)

Miguel Angelo y Dionisio Carli, enviados de mision al Congo por la congregacion romana de *Propaganda fidei*, partieron en 1666 con otros catorce capuchinos. No nos ocuparemos de la travesía que tuvieron que hacer por mar, sino únicamente de los peligros que arrojaron recorriendo una parte de África para estender y mantener la fé cristiana.

Despues de arribar á Laonda, puerto escelente de Africa y capital del reino de Angola, fueron recibidos por una muchedumbre de blancos y negros que les recibieron con alegría suma, besando sus hábitos y acompañándolos hasta su hospicio. La iglesia estaba ocupada por los principales personajes de la ciudad, y por mas de trescientas personas de todas clases que salieron á su encuentro. En el convento encontraron tres religiosos de su orden y algunos eclesiásticos enfermos. Dos misioneros llegados de Génova, poco antes que nuestros capuchinos, habian sucumbido, uno en Loanda mismo y otro en Mesangrana, poco distante de allí.

El vicario destinó desde luego á Angelo y su compañero al pais de Bongo y de allí á Bamba, lo cual disgustó mucho á los habitantes de Loanda, que esperaban retenerlos en su ciudad un año á lo menos, mientras se acostumbraban al clima y á los alimentos del pais. Nada de esto fué bastante á estorbarles su proyecto, pues cuanto mas negra era la descripcion que les hacian de los peligros que iban á arrostrar en el desierto, tanto mas se exaltaba su celo, y menos temor manifestaban hácia aquellos mismos peligros, que de mucho tiempo ya deseaban hacer frente.

Se embarcaron en una pinaza, y costeano la orilla llegaron en dos dias á Dante, en la frontera del reino de Angola, donde los portugueses tienen establecido un fuerte. Su primer cuidado fué saludar al gobernador y entregarle las cartas que llevaban para él del consejo de Loanda. Estas cartas contenian recomendaciones eficaces, á fin de que proporcionase á los misioneros el número de negros necesarios para trasladar sus equipages. El gobernador, durante los dos dias que permanecieron en Dante, hizo sacar gran cantidad de pescados para su provision, además de treinta negros que escogió para que los acompañasen y de proveerlos de hamacas y otros utensilios. Todos los naturales y europeos les disuadieron de llevar el vestido y calzado que prescribe su orden, puesto que era del todo imposible resistiesen el calor de aquel modo, y aunque

(1) Extracto de Pedro Banchard.

con marcada repugnancia, accedieron á someterse á los usos del pais vistiendo ropas mas ligeras.

Por estas regiones salvages son los caminos senderos muy estrechos, por donde con trabajo pueden ir dos personas de frente. Algunos negros caminaban de descubierta, cargados con los equipages y provisiones; Angelo seguia despues en su hamaca, y Carli venia detrás tambien en una especie de litera, seguido de los demas negros, cuyo oficio era relevar los conductores cuando parecian cansados. Apenas puede formarse idea de la presteza con que marchan por los penosos caminos; iban armados con arco y flechas; el término de su jornada era un libata (aldea), donde otros conductores debian reemplazar á los primeros.

El príncipe ó señor del libata, que los naturales llaman makoluta, se apresuró á visitar á los misioneros, y les dió por alojamiento las dos cabañas mejores. En todo el reino, exceptuando San Salvador, no se encuentra una sola piedra; las casas mejores están construidas de tierra y cubiertas de bálago; la mayor parte no tienen ventanas ni mas abertura que la puerta. El makoluta llevaba á la cintura un pedazo de tela del tamaño de un pañuelo, y un manto de paño azul europeo que descendia hasta el suelo. El gusto general del pais está por lo azul. Los oficiales de su comitiva llevaban lo mismo, menos el manto; las demas gentes iban vestidas de hojas ó pieles de mono, y los que viven en el campo, al abrigo de los árboles, están sin distincion de sesos ni edad enteramente desnudos.

En este libata, lo mismo que en el primero, no les aconteció nada de particular; en ellos practicaron sus ejercicios religiosos muy tranquilamente. Continuando su camino llegaron una tarde á otro libata, donde hallaron cerrada la puerta. El recinto estaba guarnecido de una muralla de la altura de una pica, hecha de zarzas, y la puerta la constituia un haz de ellas tambien. Abrióronla para recibir á los misioneros, y el makoluta les ofreció cabañas; pero como era excesivo el calor, gustaron mas de pasar la noche en las hamacas, al aire libre, las que dispusieron colgadas por un lado del vértice de una cabaña, y por el otro del extremo de una cruz implantada en el suelo. Hácia media noche se acercaron á la muralla de zarzas tres leones dando rugidos espantosos. Carli, despertado por tan horrible rumor, levantó un poco la cabeza para descubrir los mónstruos á la claridad de la luna; pero las zarzas estaban tan espesas y tan cubiertas de hojas, que no pudo divisarlos, aunque juzgaba no debian andar distantes. Sobrecogido de temor, pensó al pronto en retirarse á una cabaña; pero considerando que era imposible á los leones traspasar la altura de la valla, decidió esperar con tranquilidad la llegada del dia. Tan pronto como pareció fué á reunir á Angelo, el cual aprovechó la frescura de la noche para dormir profundamente sin oír los rugidos de los leones.

Despues de bautizar algunos niños se pusieron en marcha en sus hamacas. Hácia medio dia, aconsejéronles los negros que hicieran alto á orillas de un riachuelo cuyas aguas eran escelentes, en lo

que convinieron sentándose bajo de unos árboles con intento de preparar la comida. De improviso divisaron un elefante tan abultado como un carro de retama. Los negros cogieron al punto las armas, y con gran zambra y gritería, le descargaron una granizada de flechas. Uno de ellos mas práctico que sus camaradas, se dirigió á un chozo poco distante, y prendió fuego al techo. Las llamas tomando incremento, en breve asustaron al elefante, que dió á huir llevando consigo las flechas que se habian clavado en su piel. Impelido el fuego por el viento, tardó poco en propagarse á las matas que le rodeaban corriendo en un instante un espacio de mas de una legua. Este incendio difundió el espanto entre las fieras que tenian próximas sus nidadas, quedando así el camino en completa seguridad hasta la siguiente libata.

Otro dia los negros divisaron una serpiente enorme. Su cabeza era tan grande como la de un becerro, y su longitud de veinticinco piés. Al verla, dieron los de la escolta, segun costumbre, un grito penetrante, é hicieron subir á los misioneros sobre una eminencia. Carli observó que aquel terrible reptil ocasionaba en la yerba tanto movimiento como el tránsito de veinte hombres. Permanecieron por espacio de una hora detenidos, á fin de asegurarse de que se habia alejado.

El makoluta de Bambi les dió uno de sus hijos para que les sirviera de intérprete durante su estancia en Bamba. Caminaban muy distraidos y satisfechos con su nuevo compañero de viage, cuando observaron á lo lejos una gran fogata, y como el viento impelia las llamas hácia ellos, temieron que saliesen á su encuentro las fieras que vinieran huyendo de él: los negros les advirtieron que el único medio de evitar este inminente peligro, era subirse á la copa de los árboles. Era forzoso seguir este consejo, y como entre las cosas que componian su equipage habia una escala, subió un negro con ella por el tronco de un árbol y la aseguró á una rama; en seguida, los dos misioneros y el hijo del makoluta, buscaron su seguridad en este asilo, despues de lo cual desataron la escala, con cuyo auxilio subieron á los árboles inmediatos. El peligro no estaba lejos, puesto que á poco aparecieron gran número de formidables enemigos, tales como tigres, leones, rinocerontes y otras fieras, que todos levantaron la cabeza al pasar. Los negros hirieron algunas con flechas envenenadas.

El padre Angelo se habia adelantado á causa de que por entonces momentáneamente no se encontraba á mano bastante número de negros conductores.

Carli, próximo al libata en que debia pernoctar, vió un leon tan mal herido, que apenas podia arrastrarse dejando sus huellas ensangrentadas. Los negros prendieron fuego á las matas, que estaban muy crecidas y muy secas, y al punto le vieron cambiar de direccion. Carli, una hora antes de hacerse de noche, llegó al libata, el cual carecia de la valla ó empalizada de zarzas que los misioneros habian visto en todos los que habian pasado, y Carli se enteró pronto del por qué. Dirigiéndose al mercado,

á donde vió que se dirigian todos los habitantes del libata, vió un negro herido, á cuyo derredor se apiñaban las gentes: preguntó qué ocurría, y le informaron de que era el makoluta que acababa de luchar con un leon. Carli, despues de saludarle, le reconvinó por no tener alrededor de su libata una valla espesa de zarzas como la que habia visto en las demás libatas. "Padre, contestó el makoluta, en tanto que yo viva no hace falta valla alguna; cuando me muera harán lo que juzguen necesario." La herida era leve.

Carli mostró deseo de saber los pormenores de la lucha, á lo cual acudió el makoluta diciendo que se hallaba dentro del lugar con sus gentes, cuando ambriento un leon, y sin duda incitado con el olor de la carne humana, se lanzó en medio de ellos sin rugir, como acostumbran hacerlo estos animales, cuando buscan su presa. Los negros que estaban conmigo, viéndose desarmados, dieron á correr; en cuanto á mí, que no estoy acostumbrado á huir, puse una rodilla y una mano en tierra, y con el cuchillo en la otra, sacudí con toda mi fuerza un golpe al leon en medio del pecho. Cuando se sintió herido, lanzó rugidos espantosos y se tiró á mí tan furiosamente, que se clavó el cuchillo en el cuello; pero tambien me ha rasgado este lado con sus uñas. Mis vecinos acudian ya armados, y al verlos se retiró perdiendo mucha sangre. Este leon era el mismo que habia hallado Carli.

Su compañero Angelo tardó poco en sucumbir á una enfermedad ocasionada por el clima y los trabajos. Carli tambien fué acometido de fiebre, y en este estado padeció mucho tormento, causado por una multitud de ratas que llegaban hasta morderle los piés. No tenia otro medio de defensa que colocar su cama en medio de la habitacion y hacer acostar los negros en esterillas de palma á su derredor. A esta sazón se atrevió á advertir al gran gefe de Bamba, en cuyos dominios se hallaba, lo que tenia que sufrir de la importunidad de las ratas y de la hediondez de los negros. Este príncipe le envió un pequeño mono domesticado, asegurándole que era remedio á estas incomodidades. El mono estaba acostumbrado á cazar ratas, y el olor natural de su piel que trascendia al almizcle, bastaba á neutralizar el de los negros. Efectivamente, aquel apreciable mono, además de estos servicios, le prestaba el de peinarle la cabeza y la barba mejor que los mismos negros.

Muy pronto le fué de mucha mas utilidad, porque le salvó de una especie de animal incomparablemente mas pequeño que los leones y los tigres; pero no menos formidable en este pais. Dormia una noche profundamente, cuando le despertó bruscamente un salto que dió el mono para colocarse sobre su cabeza. Imagínese que las ratas le habian asustado, y para animarle, le acarició con la mano; pero al mismo tiempo los negros se incorporaron bruscamente de pié gritando: "De pié, padre, de pié!" Preguntó qué sucedía: "las hormigas, le respondieron, se han abierto paso y no hay momento que perder." Imposibilitado para moverse, hizo trasladar su cama al medio del jardín á tiempo que le subían ya por

las piernas. El piso de las cabañas estaba cubierto de ellas: su espesor pasaba de medio pié. No se halló otro medio de arrojarlas que quemar paja en todos los sitios que ocupaban. La llama las destruyó y las hizo huir. Apenas se durmió, despertó otro accidente. El fuego mal estinguido por los negros, se habia extendido al techo de la cabaña y comenzaba á propagarse. En tanto que se trabajó por cortarle, se vió Carli aún en la necesidad de volver al jardín. Agitaciones tan violentas habian alejado el sueño de sus ojos, cuando le volvieron á la cabaña; pero aunque lo recobrara, todavía le hizo volver al jardín un tercer alerta. Las hormigas habian ganado la aldea, y los negros, al aplicar el remedio del fuego, le habian prendido á una cabaña, desde la que amenazaba comunicarse á las demás. Sin embargo, hubo la fortuna de cortarlo, y Carli, despues de tantos sobresaltos, dió gracias al cielo por haberle salvado de las hormigas. Poseido de una debilidad que no le permitia moverse, no dudó que le devorasen antes de acabar la noche; temor muy fundado, si se atiende el considerable número de vacas que perecen á su furor; y de las cuales se hallan muchas en Angola, y no se encuentran mas que los huesos á la salida del dia.

El estado de Carli empeoraba mas cada dia; concluyó por tomar el partido de hacerse conducir á Loanda. Allí ajustó un barco portugués que debia hacerse á la vela para el Brasil. El padre Carli obtuvo el permiso para embarcarse y para regresar á Italia, y á bordo de un buque genovés pasó el misionero desde el Brasil á Europa: esto pasaba el año de 1667.

X.

LE VAILLAN. PRIMER VIAGE AL CABO DE BUENA-ESPERANZA (1).

Impaciente por realizar mis proyectos, me dirigí á Holanda, donde visité las primeras ciudades de la república y sus curiosidades; Amsterdam me ofreció tesoros de que no tenia ni aún idea. Todos los sabios se dignaron recibirme y admitirme en su estudio, admirándome de estos mas que ninguno, el de Mr. Temminck, tesorero de la compañía de las Indias. En él pude observar una multitud de objetos preciosos que no habia visto jamás, pareciéndome todos, tanto bajo el punto de vista del arte como de la naturaleza, dignos de eterna conservacion.

Tardé poco en intimar amistad con el sabio Mr. Temminck, que me colmó de atenciones, y que mejor que ningun otro podia favorecer mis proyectos. Cuando se los hube confiado, me enteró de los medios que debia emplear para llevarlos á cabo, dispensándome á este fin sus consejos y su proteccion. Por fortuna obtuve permiso de pasar al Cabo en un barco de la compañía.

Al amanecer del dia 1.º de Febrero de 1781, ha-

(1) Extractado del primer viage de Le Vaillan.

llándonos hácia tres grados Norte de la línea, nos advirtieron que se descubria una vela en el horizonte; el Mercurio se habia adelantado, y casi estaba fuera del alcance de nuestra vista, en tanto que nuestro barco se hallaba bajo la influencia de una completa calma. Asestamos los anteojos, pero inútilmente, pues hasta las nueve de la mañana no pudimos distinguir reconocer que pertenecia á un barco de poco porte. Los unos le creian francés, otros sostenian que era inglés; cada uno racionaba y conjeturaba á su modo, en tanto que llegaba el momento de adquirir certeza. Algunas horas despues divisamos que venia remolcado por dos lanchas, con intento de aproximarse á fuerza de remo; nosotros pensamos que venia en demanda de socorro, y con mucha tranquilidad le dejamos acercarse. Hácia las tres de la tarde, y estando casi á tiro, izamos pabellon, saludando con un cañonazo sin bala; mas quedamos todos estrañamente sorprendidos al recibir un balazo en el casco, al que siguió la descarga de toda la andanada: era un corsario que al mismo tiempo arboló pabellon inglés.

Vano intento seria tratar de bosquejar el asombro de la tripulacion en el momento de tan inesperada aventura. En nuestro buque no habia un solo hombre tal vez, que se hubiese encontrado en combate; el capitán y los oficiales, acostumbrados á viajar pacíficamente, no habian tenido ocasion de mandar en circunstancias semejantes, á lo que se agregaba para mayor consternacion, la falta de tiempo para prepararse contra ataque tan imprevisto. El espanto y la confusion se retrataban en todos los semblantes; los oficiales aturdian con sus gritos; los soldados, reclutas que no habian jamás cargado un fusil, no sabian á quién entender ni qué contestar: en una palabra, á las siete de la tarde, no habiamos quemado aún un cartucho. El corsario nos cañoneaba sin descanso, intimándonos rendicion y amenazando echarnos á pique si resistiamos mas tiempo. Nuestro capitán, poseido de convulsiva agitacion, no cesaba de gritarle que no estaba en su mano entregarse á discrecion, que para ello era preciso el dirigirse al Mercurio, que era su gefe. El pobre hombre habia perdido la cabeza.

Por fortuna empezó á correr un poco de viento, merced al cual pudo acercarse á nosotros el Mercurio y preguntarle su capitán por qué no contestábamos al fuego. El nuestro respondió que aguardaba sus órdenes como gefe superior, pretesto inescusable en labios de un marino, acometido por un barco que montaba tan solo seis piezas de á ocho, mientras el que tenia á su mano contaba con treinta y dos de mas grueso calibre, con muchos pedreros, y trescientos hombres á mas de la tripulacion.

El Mercurio rompió el fuego, y nosotros comenzamos tambien á disparar á todos lados, sin reparar que entre el inglés y nosotros se hallaba aquel buque. La tripulacion, valida del desorden que reinaba á bordo, se habia emborrachado, y marchaban de un lado á otro sin saber lo que hacian, gritando, llorando, ó maldiciendo: hasta el capellan no habia vacilado en entregarse á los mismos excesos, sin duda por inspirarse ardimiento, y yo le ví con

una linterna en la mano, penetrar en la Santa Bárbara, atestada de pólvora, que llevábamos de provision para Ceilan, y sin la menor precaucion cargar de ella para hacer cartuchos, porque es de notar que no habia uno solo de repuesto, y que en toda la mañana se habia pensado en hacerlos.

El corsario, despues de contraponerse á todas nuestras maniobras y de acribillarnos por todas partes, se alejó á las once de la noche, y aunque le veiamos fuera de tiro, nuestro barco hacia fuego sin cesar. Esta fué la ocasion predilecta de los poltronos, que entonces paseaban por el puente con paso firme, irguiendo la cabeza y desafiando á un enemigo que estaba lejos; sin embargo, aún se le temia, y por lo tanto ninguno se retiró á descansar. Yo pasé la noche como todos, á la intemperie, tendido sobre un fardo y sin conciliar un momento el sueño, á causa de los alertas de los centinelas. Difícil seria formarse idea cabal del desconcierto que reinó durante la escaramuza de aquel dia. Al siguiente, al pasar revista, se encontraron piezas de artillería atestadas hasta la boca, que contenian tres cargas, y fusiles con los cartuchos invertidos, todo lo que hace inferir que á no ser por el Mercurio, sin remedio nos hubieran apresado. Felizmente su presencia hizo cobrar espíritu á los oficiales poseidos, á no dudarlo, del fantasma del miedo, si se ha de juzgar por la inercia en que se mantuvieron durante cuatro horas en que impunemente nos cañoneó el corsario. El inglés pensaba ciertamente que careciamos de artillería, ó á lo menos, que la que divisaba era de madera, y no siendo así, la mas tenaz resistencia le hubiera hecho retirarse mas de prisa que habia venido.

Al recordar este suceso, me viene á la memoria un hecho que escita mi risa cada vez que pienso en él. Como no tenia carácter alguno en el barco, no tenia tampoco órdenes que espedir, ni que tomar, y de consiguiente pasaba de un lado á otro, cuando divisé al encargado de la correspondencia de la compañía, fielmente sentado junto á la caja misteriosa, y pronto á lanzarla por la ventana de su camarote á la mas ligera señal de un peligro inminente. Aquel sin duda era su puesto, pero en él le mantenian no tanto el deber como el terror que se habia apoderado de sus sentidos. "Le Vaillant, exclamó, Le Vaillant, ¿qué va á ser de nosotros! ¿Estamos perdidos, amigo mio, perdidos!" Traté de tranquilizarle y de que cobrara ánimo; pero una bala penetró en el camarote, y el estrépito horrible que ocasionó dió en tierra con mi hombre, dejándole como una masa inerte. Al pronto le creí muerto, pero poco á poco volvió en sí, y se incorporó suspirando seriamente. Por esta vez no me fué posible sostener mi formalidad, y me retiré á otro lado á dar rienda libre á mi hilaridad.

Me parecia risible que hombres destinados por su estado, su edad y su esperiencia, para dar ejemplos de bravura y pundonor, faltasen de una manera tan menguada, en ocasion en que bastaba un solo minuto para disipar toda alarma y anonadar al atrevido corsario, al paso que niños que apenas podian sostener un cable habian dado veinte pruebas de ce-